

es raro ver salir un autócrata; la constitucion se convierte en un despotismo templado por revoluciones.

Cuando digo que á cada instante hallamos pruebas de que la fuerza de un aparato político deriva del sentimiento comun encarnado en parte en el sistema consolidado trasmitido por el pasado, y en parte suscitado por las circunstancias del momento, no entiendo hablar únicamente de las pruebas que muestran que entre nosotros las acciones gubernamentales estén generalmente determinadas por estas causas ni que las acciones de todos los cuerpos de menor importancia constituidos para un tiempo ó una larga duracion obedezcan tambien á las mismas causas. Aludo más bien á los ejemplos de la autoridad irresistible ejercida por el sentimiento de la medianía sobre la conducta en general. La ley es impotente para impedir los duelos si la opinion pública les es favorable; los preceptos de la religion apoyados en amenazas de castigo son absolutamente impotentes para impedir las más injustas violencias cuando las pasiones dominantes impulsan á ellas. Estos hechos bastan para demostrar que los códigos, las creencias religiosas y los aparatos de gobiernos que los imponen quedan ineficaces ante un sentimiento opuesto. Cuando se piensa en la solitud con que se buscan los aplausos y en el temor que el disfavor público inspira estos estimulantes y estos frenos del hombre, no puede negarse que las difusas manifestaciones del sentimiento, le dictan generalmente la línea de su conducta una vez satisfechas sus urgentes necesidades. Cuando se considera el código social que regula los actos de su vida, hasta prescribir el color de una corbata, y se observa que tal que no osa infringir este código, no vacila en perpetrar un acto de contrabando, se reconoce que una ley no escrita impuesta por la opinion es más imperativa que una ley escrita que carece de esta sancion. El menosprecio manifestado para con las justas reclamaciones de un acreedor que no puede conseguir su dinero por el importe de artículos por él entregados, mientras por otra parte se da uno priesa en cumplir con pretendidas deudas de honor para con personas que no han dado ni bienes ni servicios, enseña mucho mejor aun que el imperio del sentimiento predominante que no imponen, ni la ley ni la religion, puede ser más poderoso que la ley y la religion unidas, sostenidas por un sentimiento ménos fuertemente expresado. Una ojeada dada al conjunto de las acciones de los hombres nos obliga á reconocer que aun permanecen dirigidos, como lo eran al principio de la vida social, por el sentimiento comun pasado y presente; y que el aparato político producto por una parte gradualmente desarrollado, de este sentimiento, continua siendo todavía el

órgano principal de una porcion especializada de este sentimiento para regular cierta clase de acciones.

Créome en cierto modo, obligado á formular esta induccion como un elemento esencial de la teoría política. Lo que me escusa por haber insistido con alguna extension en una conclusion que parece trivial, es que admitida de nombre, no lo es casi de hecho. Hasta en Inglaterra cuyos aparatos no políticos producidos espontáneamente ó sabiamente establecidos, son numerosos é importantes, y mejor aun en la mayor parte de los países donde estos órganos son en menor número que en Inglaterra, no se conoce lo bastante, que las inclinaciones combinadas que obran por medio de los aparatos políticos, pueden, cuando estos faltan, producir otros con los cuales actuen. La gente que hace política raciocina como si los aparatos del Estado poseyeran una virtud propia de que carecen, y como si el sentimiento que los crea no tuviera la virtud intrínseca que posee. Evidentemente, sus actos deben quedar muy alterados por la destruccion de estas ideas.

LOS JEFES POLÍTICOS

Desde el comienzo de las sociedades se comprueba la existencia de tres elementos de la estructura política; vamos pues á estudiar el desarrollo del primero. En los dos últimos capítulos digimos algo sobre la muy importante diferenciacion que resulta del establecimiento de la autoridad de un jefe, y la hemos hecho presentir anticipadamente. Lo que digimos bajo el punto de vista general vamos á estudiando bajo diferentes aspectos particulares.

«Habiendo preguntado Rink á los naturales de Nicobar quien era de ellos el jefe, echáronse á reir al pensar que pudiera creer que *un* hombre *solo* tuviera algun poder sobre un número tan grande de sus semejantes.» Cito este pasaje para recordar la resistencia opuesta al principio á la pretension de un miembro del grupo á arrogarse la supremacia; resistencia débil en algunas razas humanas, considerable en la mayor parte, y muy fuerte en un pequeño número. Á los ejemplos citados ya, de tribus que por decirlo así, no tienen jefe, pueden añadirse otros. En América, los Haidahs, entre los cuales «todos los individuos parecen iguales; (1)» las tribus Californianas, entre las cuales «cada uno hace

(1) Bancroft, *The Native Races of the Pacific States of North-America*, I, 168.

lo que quiere; (1) los Navajos, entre los que «cada uno es soberano por derecho propio como un guerrero (2)». En Asia, los Angamies que «no tienen jefe reconocido aunque eligen á un hombre encargado de llevar la palabra, y que en todas las circunstancias carece de poder y es irresponsable (3).

La escasa subordinación que manifiestan los grupos groseros no se revela sino cuando se hace sentir imperiosamente la necesidad de una acción combinada, y cuando la autoridad es necesaria para hacer eficaz esta acción. En vez de recordar los ejemplos ya citados de autoridad temporal de jefes, vamos á dar otros. Los naturales de la baja California «tienen uno ó muchos jefes para conducirlos á la guerra, ó á la caza, y se les elige según la circunstancia (4)». Se dice que el «poder de los jefes de los Cabezas-Planas, cesa con la guerra (5)». Entre los indios de Vancouver, el jefe «no tiene autoridad alguna y se limita á dirigir los movimientos de su banda en las incursiones de guerra (6)».

Como vimos en otro artículo, la insubordinación primitiva es más ó menos grande según que el medio ó los hábitos favorecen ó contrarian el ejercicio de la violencia. «Los naturales de la baja California, dice Baegert, se parecen á piaras de cerdos salvajes que corren á su placer por aquí y por allí, reunidos un día y dispersos al siguiente, hasta que un accidente los reúne de nuevo (7)». Según Franklin, los jefes «Chipeuanos no están enteramente despojados de poder (8)» y este pueblo forma pequeñas partidas errantes. Los Abipones «para quienes es insoportable la agricultura lo mismo que la residencia en un lugar fijo,» y «que no dejan de cambiar de lugar, dice Dobrizhoffer, no respetan á su cacique como á un amo, ni le pagan tributo, ni le prestan servicio alguno como en otras naciones se acostumbra (9)». Lo mismo sucede bajo análogas condiciones, análogas en otras razas de un tipo muy diferente. Burkhardt observa que entre los Beduinos «los Jeikes no tienen ninguna autoridad fija.» Según otro autor «se depone al jefe que ha apretado sobradamente el lazo del vasallaje, ó se le abandona y desciende á la categoría de simple miembro de la tribu, ó queda completamente aislado (10)».

(1) Id. id. I, 348.

(2) Id. id. I, 508.

(3) Stewart, *Journal Asiatic Society*, Bengal, XXIV.

(4) Bancroft, *loc. cit.* I, 365.

(5) Id. id. I, 275.

(6) Id. id. I, 217.

(7) Bancroft, *loc. cit.* I, 565.

(8) Capt. J. Franklin, *Narrative of Journey to Shores of Polar Sea*, 1823, 159.

(9) Dobrizhoffer, *Abipones*, II, 162.

(10) *Rambles in Syria*, 9.

Comprobados estos tres hechos; la no existencia de la autoridad política al principio, la resistencia que suscita, y las circunstancias que permiten escapar á ella, puede preguntarse cuales son las causas que auxilian el desarrollo de esta institución. Hay varias; y la institución de la autoridad de un jefe se establece en la proporción en que estas causas concurren.

Entre todos los miembros del grupo primitivo, que poco difieren unos de otros, no puede ménos de haber uno que posea una superioridad reconocida. Esta superioridad puede ser de varias clases. Vamos á examinarlas brevemente.

Aun cuando, en concepto de excepción, debemos reconocer ejemplos en los cuales la superioridad es la de un extranjero inmigrante. Los jefes Khonds «descienden generalmente de algún aventurero audaz (1)» de raza india. Forsyth asegura lo mismo de «la mayor parte de los jefes» de las montañas del Asia central (2). En fin, las tradiciones de Bochica entre los Chibchas, de Amalicava entre los Tamanacs, y de Quetzalcoalt entre los Mejicanos, dan lugar á creer que la institución de los jefes tuvo en estos pueblos un origen análogo. Pero lo que principalmente debe por un momento ocuparnos, son las condiciones de superioridad que se originan en el seno de la tribu.

La primera es la superioridad que proporciona una edad más avanzada. Aunque la edad cuando la incapacidad es consecuencia de ella, se convierte muchas veces en los pueblos salvajes en un objeto de menosprecio llevado hasta el extremo de matar ó dejar morir á los viejos, no por ello es ménos cierto que mientras el anciano conserva su capacidad, la mayor experiencia que es el privilegio de su edad, le asegura la influencia por regla general. Los Esquimales que no tienen jefe dan muestras «de deferencia á los ancianos y á los fuertes.» Burchell dice, que entre los Boschimanos, los ancianos parecen ejercer la autoridad de jefes, hasta cierto punto (3); lo mismo acontece con los naturales de Australia. Entre los Fijianos «los jóvenes aceptan como una ley la palabra de un anciano (4)». Cada partida de Veddhas «tiene un jefe, el más enérgico anciano de la tribu (5)» que reparte la miel, etc. Lo mismo pasa en

(1) Mayor general John Campbell, *Wild Tribes of Khondistan*, 1864, 50.

(2) Capt. J. Forsyth, *Highlands of Central India*, 9.

(3) *Travels into the Interior of Southern Africa*, I, 458.

(4) Admiral Fitzroy, *Narrative of Surveying Voyages of the «Adventure» and «Beagle»*, 1826-30, II, 178.

(5) Tennant, *Sketches of the Natural History of Ceylon*, II, 440.

pueblos más avanzados. Los Dyks del norte de Borneo «no tienen jefes reconocidos, pero siguen los consejos del viejo del cual son parientes (1)» en fin, Edwards nos enseña que los caribes entre quienes no hay gobierno «reconocen en sus ancianos una especie de autoridad (2).»

Naturalmente en las sociedades toscas, la fuerza da la preeminencia. Además de la influencia de la edad «la fuerza corporal da entre los Boschimanos distinción (3).» Los jefes Tasmanianos eran hombres de elevada talla y muy fuertes: «en vez de un jefe electivo ó hereditario se obedecía al perdona vidas de la tribu (4).» Una observación de Sturt, hace suponer que la soberanía tuvo en los Australianos el mismo origen. Igualmente en la América del Sud. Entre los Tapajos, nos dice Bates, «podían distinguirse los caracteres del jefe, de los caracteres de los miembros de la tribu, en su estatura y en la longitud de sus pasos (5).» En las tribus beduinas «el más irascible, el más fuerte ó el más hábil, adquiere una completa autoridad sobre sus compañeros (6).» En un período más avanzado, el vigor físico continúa siendo aun una cualidad de las más importantes; en la Grecia homérica por ejemplo, en la cual la edad no indemnizaba la decadencia de la fuerza, «un anciano jefe, siquiera este lo fuese Peleo ó Laertes, no podía conservar su posición.» En fin; todos sabemos que en Europa durante la Edad Media, la conservación de la autoridad dependía mucho de las proezas del jefe. No ha más de dos siglos que en las islas occidentales de Escocia «un jefe de tribu joven estaba obligado por el honor, á dar de su valor un público ejemplo antes de ser reconocido y proclamado dueño del poder (7).»

La superioridad mental, sola ó unida á otras cualidades, es generalmente una causa de predominio. Entre los indios serpientes el jefe no es más que «la persona que entre todos los guerreros inspira mayor confianza (8).» El jefe reconocido entre los Criks, dice Schoolcraft, «no se eleva por sobre los demás sino merced á la superioridad de su talento y de su capacidad política (9);» y entre los Comanches «la posición de un jefe no es hereditaria sino que es el

(1) Spencer St. John, *Life in the Forest of the Far East*, 1862, I, 375.

(2) Edwards, *History of the British West Indies*, 1819.

(3) Lichtenstein *Travels in Southern Africa*, II, 194.

(4) Lloid, *Thirty three Years in Tasmania ad Victoria*, 1862, 56, Dore, *Tasmanian Journal*, I, 253.

(5) Bates, *Naturalist on River Amazon*, 271.

(6) Burchell, *loc. cit.* III, 44.

(7) Martin, *Account of the Western Isles of Scotland*.

(8) Lewis and Clarke, *Travels to the Source of the Missouri*, 1814, 306.

(9) Schoolcraft, *Expeditions of the Sources of the Mississipi*, 1855, II, 130.

resultado de su habilidad, de la superioridad de su saber ó de sus victorias en la guerra (1).» Un jefe, entre los Coroados es un guerrero «que por su fuerza, su destreza ó su valor ha adquirido sobre ellos alguna autoridad (2).» En fin, los Ostigaks, «dan testimonios de respeto en el más lato sentido de la palabra, á su jefe, si es prudente y valeroso; pero este homenaje es voluntario y no una prerrogativa de su posición (3).»

Hay todavía otra fuente de poder político en las tribus primitivas; y es la extensión de las propiedades; la riqueza, en ellas, es á la vez una señal indirecta de superioridad y una causa directa de influencia. Entre los Tacullies «se puede llegar á *miuty*, ó jefe cuando de vez en cuando pueden darse festines á toda la aldea (4).» — «Entre los Toleuas de la región del Norte, el dinero nombra al jefe (5).» Los Spokanees no tienen «jefe regularmente reconocido (6)» pero un hombre inteligente y rico manda con su influencia á la tribu. Entre los Navajos, que carecen de jefe, «todo hombre rico tiene en su dependencia á muchas personas, y estas obedecen su voluntad así en la paz como en la guerra (7).» En fin, para demostrar que lo mismo sucede en África, se puede añadir un pasaje de Heuglin en el cual se vé que el jefe *Dor* es generalmente el hombre más rico y estimado de la aldea ó del vecindario (8).»

Naturalmente, en las sociedades que todavía no están políticamente adelantadas, una superioridad reconocida, siempre puede tener por rival una superioridad reciente y ser suplantada por ella.

«Cuando un árabe, con una escolta formada tan solo por sus parientes, ha dirigido afortunadas razzias contra el enemigo, otros amigos se le unen, y si continúa triunfando adquiere la reputación de tener fortuna; así establece en la tribu una especie de seguridad secundaria ó inferior (9).»

Lo mismo en Sumatra.

«Los aires del mando, las maneras insinuantes, una palabra abundante y

(1) Id. id. id.

(2) Spix and Martins, *Voyages au Bresil*.

(3) *Revelations of Siberia*, II, 269.

(4) Bancroft, *loc. cit.* I, 123.

(5) Id. id. I, 348.

(6) Wilkes, *Narrative in United States Exploring Expedition*, IV, 475.

(7) Bancroft, *loc. cit.* I, 508.

(8) Heuglin, *Reise in das Gebiet der Weissen Nil*, 1869, 195.

(9) Burckhardt, *loc. cit.* I, 300.